

MASSIMO DI RICCO

LOS CONDE NADOS DEL AIRE

EL VIAJE A LA UTOPIA DE LOS
AEROPIRATAS DEL CARIBE

icono •

Agradecimientos

Este libro empezó en 2013, mientras buscaba información en la Biblioteca Piloto de Barranquilla sobre el ingreso de los descendientes de migrantes árabes en la política de la costa caribe colombiana. En una de aquellas mañanas, mientras hojeaba viejas páginas de diarios, me topé con un titular en letras rojas del *Diario del Caribe* que hablaba de un secuestro aéreo cometido por un grupo de personas, entre las que estaba un ciudadano de origen jordano. Desde mi perspectiva, había una clara conexión entre América Latina y Medio Oriente, dos regiones de las que me encanta encontrar puentes y puntos de contacto. Pronto, al ahondar en el tema, me di cuenta de que estaba equivocado y que, por el contrario, era una historia puramente latinoamericana, con rasgos surrealistas del tan querido realismo mágico costeño.

Los periódicos de la época fueron de inmensa ayuda para reconstruir esta época de oro de la piratería aérea, que parece haber desaparecido del imaginario colectivo de los latinoamericanos y de la historiografía global sin dejar huella. En esta ardua empresa, los archivistas de *El País* de Cali, *El Universo* de Guayaquil y *El Litoral* de Corrientes fueron aliados fundamentales; para ellos, un sincero agradecimiento por facilitarme las copias de los diarios de aquellos días. También les doy las gracias a los trabajadores de muchas bibliotecas que gentilmente me dejaron acceder a sus hemerotecas y me enviaron páginas de diarios escaneadas sobre el paso del avión de SAM por su ciudad. Un especial agradecimiento a la Biblioteca Piloto de Barranquilla, la Biblioteca Departamental del Valle en Cali, la Biblioteca Municipal de Pereira, la Biblioteca Municipal de Guayaquil, el Archivo Histórico del Chaco, la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, la Biblioteca Nacional de Perú en Lima y la Biblioteca Nacional de Paraguay en Asunción.

La Aerocivil de Colombia, el Archivo General de la Nación en Bogotá y la Dirección General del Registro del Estado Civil de Asunción fueron las primeras instituciones en abrirme sus puertas, por lo que quiero agradecerles, al igual que a los delegados de prensa del Deportivo Cali, Deportivo Pereira, Portuguesa FC, Club Deportes La Serena, y a las federaciones de fútbol de Ecuador y Paraguay, que me ayudaron a contactar a viejas glorias del fútbol latinoamericano. Sin la pasión por la memoria histórica de especialistas del fútbol ecuatoriano, chileno, venezolano y colombiano, difícilmente habría sido posible encontrar rastros visuales de la etapa como futbolistas de los dos protagonistas. Un agradecimiento a los periodistas colombianos y a las personas que me ayudaron en la investigación, en particular a Gonzalo Valencia Benítez, Hugo Ocampo, Alfonso Carreño, Álvaro Galeano y Gastón Bermúdez.

Gracias a los protagonistas de estas historias, especialmente a Carlos Enrique Lasso Cueva, por ayudarme a entender lo que era vivir en Cuba al principio de los años setenta y cuáles eran los sentimientos de una generación que la veía como una isla utópica donde todo era posible. A Frida Spiwak, a Alfredo Fernández, a Edelmiro Caro Montoya, con quien pasé una tarde especial en Milán, en la que me explicó la vida de su hermano; a Juan de Dios Morales y Rafael Antonio Niño, ídolos del ciclismo colombiano; a Edilma Pérez y María Eugenia Gallo, azafatas del vuelo de SAM; a los últimos miembros de la Pereira paraguaya y sus familias, y a las familias Molina y Ramírez. Especialmente a esta última le agradezco su generosa colaboración y compromiso con este proyecto; fue muy importante para mí ser testimonio del inmenso orgullo con que guardan en sus corazones a un familiar que vino a faltar muy pronto.

Por último, un inmenso agradecimiento a Karen, mi esposa, quien durante los últimos años iba escuchando cada día un sinfín de nombres diferentes, cada nuevo detalle de la caracterización de los secuestrados y cada nueva teoría de su posible paradero. Le agradezco sus constantes comentarios y su incansable apoyo.

Contenido

1.	«¡Muéstrelas!»	9
2.	Otra vez	21
3.	Consejo de guerra	31
4.	A Cuba sin pagar pasaje	49
5.	Aquí no hay presos políticos	65
6.	El zorro Washington	81
7.	Ratas, brujas y escobitas	87
8.	Amotinamiento	97
9.	Fue un placer, comandante	111
10.	Por lo imposible	125
11.	Bromas de la historiografía	135
12.	Grand Hotel Siboney	145
13.	Pacto de caballeros	165
14.	Yermos llanos	175
15.	Los condenados del aire	183
16.	La Pereira paraguaya	195
17.	Diez dólares para el micro	205
18.	O. E. Borja(s)	217
19.	Epílogo	235
	Notas	245
	Bibliografía	281

1.

«¡MUÉSTRELAS!»

LO PRIMERO ES CAMINAR CON PASO FIRME. Echar un vistazo a la cabina después de haber subido las escalerillas. Ubicar los dos asientos asignados, esperar que nadie se haya sentado en ellos, mirar con discreción que alrededor queden algunas filas de puestos completamente vacías. Encomendarse al azar. No mirar a los ojos a las azafatas. Un ojo a las primeras filas. Mirada profunda hacia el fondo. No mirar a nadie detenidamente a los ojos, rebajar el ego, volverse invisible. No demasiado. Sentarse, maletín debajo del asiento, mirada baja. Ahora levantar la cabeza, mirar a los demás pasajeros. Pensar. Pensar y mirar disimuladamente, disimular pensar: Este podría fastidiar, esta chilla mucho, el niño ya empezó a llorar, el auxiliar tiene cara de huevón, la azafata sonrío, sonrío mucho. Todo normal. Mejor. Palma de la mano abierta en la mejilla, frotarse las cejas, algunas miradas firmes y nerviosas por el otro lado, ninguna palabra, ningún gesto. Cinturón abrochado, pasear por la breve pista de carreteo, saludos del capitán, *stop*, impulso, aceleración, subidón inicial, sí despegó, ahora arriba. Lo primero está hecho. Sube, sube, sube, calma, sube, sube, hay que actuar rápido. En un recorrido de menos de cuarenta minutos, el avión justo alcanza el momento de estabilización para volver a prepararse por el aterrizaje. Pasan los minutos, sube, sube imperceptible en su movimiento, ya van unos eternos diez. Allí abajo se va desvaneciendo el verde del Risaralda para dejar paso a las montañitas del agreste Caldas. Allí abajo se distingue el cauce del río Cauca, que acompaña el avión desde Pereira hasta Medellín. Ya se va juntando con el río Aures, allí en La Pintada. Adiós, Aures; adiós, Cauca. Uno muere, comido por el otro; el otro se va hacia su muerte cuando lo comerá el río Magdalena, más al norte, hacia el Caribe.

—¿Les puedo ofrecer un refresco, una gaseosa?

La azafata se acerca y repite:

—¿Les puedo ofrecer un refresco, una gaseosa?

Hace el ademán de dar vuelta atrás, para ir o volver hacia la cabina. Es el momento. La coordinación y la entrada en la escena son todo. Agacharse, la mano izquierda agarra el maletín, la mano derecha dentro del maletín, capucha en el puño, mano izquierda libre, dos manos agarran la capucha, arma que aprieta entre el cinturón y la cintura, agachados, firmes. Mirada cómplice otra vez, tiempo para levantar el espaldar, levantar cejas, cuatro brazos y cuatro manos se mueven al unísono para ponerse cada uno una capucha negra, pie derecho en el pasillo, se deslizan rápido y en forma coordinada, desenfundan la pistola del cinturón. ¡Ahora! La azafata ya está agarrada por la cintura. Si alguien quiere un refresco, pues están regados en el piso, el carrito ya va empujado camino hacia el fondo.

«Bum, bum».

Disparos en el piso. Algo de humo, pocos gritos.

Gritar, gritar más fuerte que los pocos gritos. Gritar más fuerte que los gritos de sorpresa.

—¡Esto es un secuestro!

—¡Quieta o la mato!

Las voces no salen tan bien de unas capuchas con dos huecos en los ojos y uno en la nariz. No hay ninguna abertura en la boca. Más silencio, el poco humo se difumina. Hay que moverse rápido hacia la cabina, repartirse tareas.

—Señorita, no se resista; siga a la cabina e informe que esto es un secuestro.

Voz más alta, que escuchen todos, niños incluso.

—Quédense tranquilos, nada les va a pasar. Tenemos unas bombas en el maletín: si alguien se atreve a hacer algo, volaremos el avión.

Más silencio. Ya no hay gritos. El humo es un recuerdo. Los disparos no dejaron daños visibles en el avión. Parece que por un segundo todo ha vuelto a la normalidad. Solamente ha pasado un segundo. Una sola voz se escucha desde no se sabe dónde. Es una voz de hombre. No se entiende si viene de adelante o de atrás. No es de consternación.

2. OTRA VEZ

EL HIERRO DE LA PISTOLA QUE LE PRESIONA la sien, siete personas en la cabina, dos de ellas con la cara cubierta con una capucha negra que les llega hasta los hombros y donde se ven sólo dos huecos alrededor de los ojos. Uno de los dos es más alto y fornido, el otro es más bajito. El plan de Jorge Lucena, capitán del Venus de la compañía SAM, cuando se levantó de la cama esa mañana y se despidió de su esposa Elvira y sus cuatro hijos, era diferente: ir rumbo al aeropuerto El Dorado de Bogotá, pilotear hasta Cali, Pereira, la costa caribe y vuelta a casa. Todo en un día, dejando y recogiendo pasajeros. La «vuelta a Colombia», como se la conoce en la jerga del gremio de la aviación civil. Además, fue él mismo quien le propuso a su colega, el piloto Pedro Ramírez, cambiar de turno para poder tener libre el fin de semana siguiente y hacer una diligencia personal en los Llanos Orientales. Sus primeros pensamientos cuando el metal de la pistola le toca la sien toman la forma de dos simples palabras: «Otra vez». Pero en esta ocasión parece diferente. La vez anterior, cuatro años antes, el aeropirata amenazó a la tripulación con un cuchillo que acabó apoyando sobre el cuello de su copiloto. Ahora es él quien siente el frío metal en la cara. No es un arma blanca, es el cañón de una pistola; eso hace la diferencia. Claro, hay dos notas positivas:

1. La otra vez todo salió bien.
2. En los más de veinte casos de secuestros aéreos anteriores en Colombia, ningún piloto salió perjudicado ni se presentaron episodios de extrema violencia que le hicieran pensar que su vida pudiera estar en peligro.

Bueno, si Lucena supiera que su Venus es del mismo modelo del Lockheed Electra que hizo el primer viaje a Cuba por cuenta de Cofrisi Elpir.ata, probablemente empezaría a ver la situación de manera diferente. En aquel caso, el mismísimo Fidel Castro visitó personalmente el avión cuando aterrizó en Cuba y lo consideró un regalo divino. Un obsequio que le permitió tener algo en las manos para poder exigir a Estados Unidos que devolviera varios de los aviones que disidentes cubanos habían desviado hacia las entrañas del «imperio» para pedir asilo político después de la revolución de 1959. En aquellos primeros tiempos de los secuestros aéreos, Cuba era también víctima y Estados Unidos se negaba a devolver a Castro los aviones cubanos desviados.

Jorge Lucena y la tripulación que lo acompañaba no eran ni el único piloto ni la única azafata o auxiliar de vuelo que vivían aquellos años con la paranoia de un secuestro y de un inesperado viaje a Cuba. El copiloto Digno Cortina, empleado de la aerolínea colombiana Avianca, fue por primera vez a Cuba con un avión desviado por un aeropirata solitario el 23 de septiembre de 1968 y repitió menos de cinco meses después en el secuestro protagonizado por Ovidio Muñoz, un bachiller de la Policía Nacional de estancia en Barranquilla, que ya había vivido en Cuba anteriormente, se había aburrido de Colombia y quería volver a la isla para trabajar. En el segundo episodio del que fue víctima el copiloto Cortina, el del 6 de enero de 1969, su esposa declaró a la prensa no estar particularmente nerviosa, quizás ya acostumbrada. Lo mismo le pasó a Anita Quintana Ordóñez, la esposa de Hernando Ordóñez, capitán de otro avión secuestrado un mes después, cuando entrevistada por la prensa mientras su marido viajaba involuntariamente a Cuba, dijo que estaba tranquila: «Hernando tenía previsto que algún día le iba a tocar ir forzosamente a Cuba, y como él vuela frecuentemente hacia Miami, había estudiado esa posible ruta». Preparación. Los pilotos juegan con las estadísticas y como adivinos juegan con el tiempo. Todo tipo de tiempo: meteorológico, de recorrido, huso horario. En una época donde no todo era electrónico y el aporte manual a la navegación aérea era relevante, lo importante era la preparación.

Si algunos pasajeros se imaginaban cada vez que se embarcaban un avión en aquellos años que podría ser la oportunidad

de la vida para descubrir la enigmática Cuba y poder contar a su vuelta sus impresiones sobre la misteriosa e inaccesible isla al otro lado de la Cortina de Hierro del Caribe, la tripulación sólo pensaba en cómo actuar en medio de las circunstancias, cuál era el mejor protocolo para seguir, a falta de directivas claras tanto a escala nacional como internacional. A pesar de la plaga de secuestros aéreos, no todas las aerolíneas habían puesto en marcha un protocolo antisequestro ni ofrecían capacitación sobre dichos temas a las tripulaciones de los aviones comerciales. Es posible que Jorge Lucena viviera con la misma paranoia, sabiendo que antes o después le habría podido tocar a él. Quizás se sentía más confiado por haber ya vivido uno. «Ya me tocó», habrá pensado. Elvira, su esposa, que lo acompañaba en la vida desde hacía veintitrés años, también sabía que no era una posibilidad tan remota. Sus cinco hijos —Martha, Gloria, Mónica, Jorge Mario y Pilar— lo habían aprendido y también se habían acostumbrado a las largas ausencias de su padre.

En 1967, el psiquiatra estadounidense David G. Hubbard empezó casi por casualidad a recolectar datos sobre la oleada de secuestros en su país y en el mundo, con el propósito de trazar un perfil psicológico de los piratas del aire. Luego de varios años de estudios publicó el libro *The Skyjackers: His Flights of Fantasy* (1971), en el que expuso algunas peculiares teorías, con base en la idea de que los secuestradores de aviones sufrieron algún tipo de deterioro del oído interno durante la infancia que les produjo graves efectos psicológicos, y que estos se acentuarían debido a los efectos de la fuerza de la gravedad sobre el oído interno. ¡Bárbara hipótesis!

Hubbard es casi siempre el referente principal para quienes se acercan al estudio de la piratería aérea de aquella época. Casi medio siglo después, el psiquiatra estadounidense parece haber acertado en algunos aspectos, como en la caracterización de los aeropiratas, mientras que en otros puntos sus teorías parecen salidas de la fantasiosa y estrambótica mente de un desquiciado. En su segundo libro sobre el tema, *Winning Back the Sky: a Tactical Analysis of Terrorism* (1986), considerado en una reseña de *The New York Times* como «delgado en hechos, gordo en

3. CONSEJO DE GUERRA

«EL CALIFA ERA UN PASTOR ALEMÁN muy fino que todavía no había cumplido un año y murió en cumplimiento de su deber».

Honor y gloria para el Califa. Según cuenta Leonor Esguerra, bautizada por los medios hasta el día de hoy como la Monja Guerrillera, el pastor alemán, mejor amigo del hombre, se quedó al lado del morral de su dueño, uno de los principales líderes y fundadores del Ejército de Liberación Nacional (ELN), Fabio Vásquez Castaño, sorprendido por los militares colombianos con sus compañeros cerca de Aguachica, en la quebrada Ineina, a finales de julio de 1972. En aquel morral que tuvo que dejar atrás, Vásquez Castaño no guardaba camisetas o calzoncillos. Califa lo defendió hasta la muerte. Cuando llegó el ejército, tuvieron que darlo de baja para que les dejara apoderarse del morral. Allí había cartas, mapas, listado de operaciones realizadas, documentos de la organización, contactos de la guerrilla en las principales ciudades, cientos de alias y nombres de guerra. Todo en código. Quizás un código demasiado rudimentario para los agentes de la inteligencia colombiana. Poco a poco empezaron a caer en todos los rincones de Colombia artistas, doctores, cineastas, maestras, agrónomos, profesores, transportistas... Más de cien personas, todas acusadas de ser integrantes de la red urbana del ELN. Las llevaron a consejo de guerra en la V Brigada, con sede en el Socorro, departamento de Santander, el segundo que enfrentó el ELN después del consejo de guerra del siglo, celebrado entre 1968 y 1969 en la ciudad de Bogotá. Las leyes y su orden en tiempo de declarado estado de sitio.

A los pocos aeropiratas capturados en aquella época, a falta de más legislación, también los juzgaban en consejos de guerra montados *ad hoc*, al igual que a muchos secuestradores y hampones.

Este grupo guerrillero colombiano, que vio la luz a principios de los años sesenta, estaba recibiendo duros golpes por parte del Estado. El ELN era el grupo levantado en armas del continente que más profundamente había asumido las ideas de Ernesto «Che» Guevara y la teoría del foco guerrillero. Como solía repetir a menudo el cura Camilo Torres, emblema de esta organización subversiva, fallecido en batalla contra el ejército colombiano en febrero de 1966, la suya era una lucha contra la pobreza, por los marginados, los que habían sido olvidados por el Estado, y por la que había que derribar el sistema, si era necesario, con las armas.

El 13 de abril de 1973, un mes y medio antes del secuestro del avión de SAM, cada uno de los 48 supuestos miembros del ELN sindicados en el Socorro, sentados en una sala repleta, uno pegado al otro, tienen en la mano un bastón con un cartoncito blanco cuadrado con el número que representa su caso. En medio de protestas y quejas por las condiciones de reclusión en la brigada militar, escuchan en una sola mañana más de cuatrocientos folios de acusaciones, de los más de diez mil que componen el caso. Es un juicio lleno de irregularidades. El objetivo de la defensa es procrastinar el juicio hasta las elecciones de 1974 y esperar que con un nuevo Gobierno se dé por terminado el estado de sitio. Un proceso en el que los abogados de la defensa acusan a los militares de malos tratos, presentan quejas por el hacinamiento de los presos, condiciones desfavorables para sus necesidades humanas y fisiológicas, total falta de agua y graves síntomas de gastroenteritis entre los detenidos. El abogado defensor Ricardo Villa Salcedo llega a denunciar a dos auditores de la V Brigada porque una tarde, evidentemente bajo los efectos del alcohol, lo insultaron, lo amenazaron y hasta lo convidaron a una pelea con armas. A los acusados que no tenían defensa propia se les asignaban defensores de oficio que eran miembros del F-2 o del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad, uno de los organismos de inteligencia policial colombiana). Un sinsentido que anulaba en sí la supuesta inocencia de los acusados. Pero sobre todo se acusaba a la jurisdicción militar de querer ser al mismo tiempo juez y parte.

El proceso mismo fue un punto de quiebre tanto dentro de las filas del ELN, como dentro de la misma justicia militar. En el

ELN se debatía entre dos posiciones: por un lado, la así llamada «posición argelina», o sea, la oportunidad ofrecida por el consejo de guerra de asumir públicamente que los actos en contra del Estado eran políticamente legítimos, y por el otro, la posición de quienes consideraban que aún no era el momento para un enfrentamiento tan directo con el Estado y sólo había que negar las acusaciones. Pero el choque también se produjo entre el procurador delegado para las Fuerzas Militares, el general Carlos Lombana Cuervo, que pedía anular el proceso por violación del artículo 441 del Código Penal Militar, y el comandante de la V Brigada, general Ramón Arturo Rincón Quiñones, quien junto con el procurador Gustavo Moure Ramírez se amparaban en el estado de sitio para seguir ejerciendo la ley sin tener que responder frente a nadie.

Como si no fuera ya una situación difícil de manejar, unos años antes, al final de la década de los sesenta, el ELN introdujo el secuestro de personas, sobre todo de latifundistas, industriales y sus familiares, como fuente de financiación para alcanzar sus objetivos militares de hacerse con el poder del Estado. Confiando en la misma práctica utilizada por otros grupos guerrilleros del continente, como el Ejército Revolucionario Popular (ERP) argentino o los Tupamaros uruguayos, el ELN rompió las dudas iniciales y la asumió como modalidad legítima. En el mismo mes de enero de 1973, un grupo de guerrilleros del ELN secuestró a tres personas, familiares de industriales locales, en la zona de Ayapel, Córdoba. Pocos días antes, el mismo ELN había liberado al profesor Jairo Duque Pérez después del pago de 500.000 pesos colombianos por parte de su familia. Así como comentaron con el secuestrado, cumplieron: recibido el dinero, liberado el raptado; palabra de honor. Buen trato, ni un rasguño.

Como el ELN, pandillas de criminales comunes hicieron de esta modalidad delictiva una forma rápida de ganar dinero. Así es como la plaga del secuestro empezó a azotar al país: según la policía colombiana, desde 1965, año en que la modalidad asume proporciones alarmantes, hasta 1973, hubo centenares de casos con resonancia nacional. Pero es específicamente en 1972 cuando las alarmas por la nueva ola de secuestros se apoderan de la opinión pública. Únicamente en este año se registran más de cuarenta

4. A CUBA SIN PAGAR PASAJE

Amigo, este avión lleva otra vía, quién sabe dónde iremos a parar.

¡Sálvanos, Dios mío!

Salimos de Barranquilla, salimos de Barranquilla, con destino a Medellín.

*El avión cogió otra vía, el avión cogió otra vía, yo no conocía el fin,
y fuimos a Cuba sin pagar pasaje. Le dije a un cubano qué bueno otro viaje,
y fuimos a Cuba sin pagar pasaje. Le dije a un cubano qué bueno otro viaje.
Yo miré un señor nervioso, yo miré un señor nervioso, y también su compañera,
pero yo iba muy contento, pero yo iba muy contento, iba con la cabinera.
Estos son Los Black Stars, estos son Los Black Stars, el conjunto colombiano,
que lo llevaron a Cuba, que lo llevaron a Cuba, en un avión secuestrado,
y fuimos a Cuba sin pagar pasaje. Le dije a un cubano qué bueno otro viaje,
y fuimos a Cuba, sin pagar pasaje. Le dije a un cubano qué bueno otro viaje.*

El avión aterrizó, el avión aterrizó, estaba tirando un brinco.

Oigan, miren el avión; oigan, miren el avión, era el 1065.

«El secuestro», LOS BLACK STARS

(*A toda máquina*, vol. IV, 1969)

SAXOFÓN EN MANO, INFLANDO Y DESINFLANDO pulmones, Jairo Fernández, el saxofonista de Los Black Stars, baja de la escalerilla del avión HK-1065 de SAM en el caluroso aeropuerto internacional Ernesto Cortissoz, ubicado en Soledad (Atlántico), e improvisa con melodía tropical el himno de Colombia, seguido por el cántico de los demás pasajeros. Goce completo. ¿Qué mejor epílogo para la aventura que llevó a la agrupación musical de Medellín apenas veinticuatro horas antes a Cuba, en un avión desviado por un aeropirata? Después de haber tocado en un matrimonio de la colonia judía en Barranquilla, Alfonso Fernández, Jairo Fernández, Germán Aristizábal, Hernán Pabón, Smelín Zambrano, y el cantante y

líder del grupo, Gabriel Romero, decidieron completar la gira por la costa caribe con unos días de completo derroche en un albergue de Santa Marta. Luego de cinco días en las playas del Rodadero, tomaron el avión de vuelta a Medellín cargados de ron y whisky. El destino inesperado fue Cuba. Brincaron de felicidad. De vuelta a Colombia bajaron eufóricos, prendidos por el ron regalado por los cubanos como homenaje a su estadía en la isla; el primero en tocar tierra colombiana y responder al asalto de los cronistas fue el sacerdote William Rodríguez, misionero de Yarumal. «¿Que si me encomendé a Dios? ¡Qué pregunta!». La absurda pregunta del periodista incomodó al cura, quien durante el secuestro se enojó porque no lo dejaron celebrar misa en el aeropuerto de Santiago de Cuba, como pretendía al aterrizar sano y salvo en la isla. Por el contrario, Los Black Stars tuvieron total libertad para officiar su credo e interpretar «a todo dar» sus éxitos. Tocaron en el avión tanto en el viaje de ida como en el de vuelta, y hasta las cinco de la mañana en el Hotel Versalles de La Habana. Debido a la falta de algunos miembros del grupo que no los acompañaron a Santa Marta a gozar del calor de la Costa, los oficiales cubanos en el hotel que les pidieron «ofrecerle una fiesta» encontraron en menos de media hora un guitarrista y un bajista locales. Buenos músicos que al rato ya parecían veteranos de la orquesta.

En el viaje de vuelta, el cantante de Los Black Stars, Gabriel «Rumba» Romero, que pocos meses antes había transformado la cumbia *La piragua*, compuesta por José Barros, en un éxito nacional e internacional, se acomodó en su asiento del avión, se aisló de la euforia colectiva, olvidó la recocha de las últimas veinticuatro horas, se sirvió unos cuantos tragos de ron y en menos de cuatro horas tuvo lista la canción que inmortalizaba el viaje a Cuba. Título: *El secuestro*. A los pocos días la grabaron. Nunca fue un éxito, difícilmente la presentaban en sus conciertos, pocos aficionados la reconocían, pero quedó grabada como testigo de una época barrida de la historiografía. Así como quedó grabado en la canción el espíritu que caracterizaba los inesperados viajes a Cuba en la época, entre la burla, la aventura, los nervios, la picardía y, lo más importante, un viaje «sin pagar pasaje», que es en lo que más pensaban algunos colombianos y latinoamericanos al abordar un

avión: una aventura a la isla incomunicada sin sacar un peso del bolsillo y con limitados peligros, todo incluido.

Gracias al viaje a Cuba, tuvo una publicidad enorme en todo el país: *boom* de ventas de discos y muchas fechas apartadas para que se exhibieran en los siguientes meses. Sonolux, su disquera, estaba entusiasmada por el éxito que le había otorgado el secuestro en su personal pelea con las otras dos empresas discográficas, Disco Fuentes y Codiscos, en la ciudad cuna de las orquestas. Era el 6 de febrero de 1969 y en aquel caso el secuestrador, Leonardo Domínguez Fuentes, un agente de policía de Barranquilla, luego extraditado a Checoslovaquia desde Cuba, se encerró con su pistola en la cabina de pilotos, dejando plena libertad a los pasajeros de gozar de la euforia colectiva de un viaje a Cuba. Los Black Stars sacaron el ron que tenían que llevar en teoría de vuelta a la casa, y ofrecieron trago doble para todos para relajar los demás pasajeros.

Un año antes, el columnista del *Diario del Caribe*, Quinto, explicaba con una anécdota el pensamiento de su pequeña hija: «... una de mis hijas, la más pequeña y rechonchita, de sólo cinco años de edad, me decía hoy a la hora del almuerzo: “Papi, cuando en las vacaciones viajemos a Bogotá para visitar a la abuela, nos montamos en uno de esos aviones que van a Cuba. Sí, papi, es rico porque lo sacan a uno en los periódicos. Además, los barbudos de Cuba dan regalos. A mí, muñecas, y para ti, tabaco. Papi, es verdad porque me lo dijo mi amiguita Rosa María hoy en el recreo”», dijo finalmente.

Tenía total razón la pequeñita, tenía razón la amiguita Rosa María, no hay duda. Los pasajeros colombianos volvían de Cuba con un faldón de regalos en las manos cuando bajaban de la escalera del avión en suelo colombiano. Ejemplares del diario *Granma*, la edición cubana del *Diario del Che en Bolivia*, un suplemento de *Breve historia de la guerra de los diez años*, algunas litografías del Che Guevara y Camilo Cienfuegos, discos con sus discursos y una carta del Che a Fidel, pero también copias de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Desde el lado menos propagandístico, se les homenajeara con botellas de ron Bacardí, discos y sombreros de Liborito, el *alter ego* cubano del Tío Sam. Más tarde, las autoridades cubanas hicieron algunos cambios e introdujeron entre los

5. AQUÍ NO HAY PRESOS POLÍTICOS

IMPACTO. OJOS DETENIDOS SOBRE SU TRAYECTORIA, hace un arco, toca su máximo punto de altura, dobla, los dos ojos siguen su movimiento, no la pierden de vista, no pueden quitarle los ojos de encima, ya va en arco descendente, ojos clavados, se acerca, la cabeza va volteando con ella, las manos no pueden alcanzarla todavía, las piernas se doblan poco a poco, las rodillas se agachan, todavía un segundo, todavía está alta, sale, no sale, voltea la cabeza, los ojos la siguen. Impacto. En el volteo repentino de la cabeza y los ojos, sólo se observa algo que poco a poco se va a ver más nítido: la malla blanca. Y se sienten dos cosas simultáneamente. Tacto: el pasto mojado. Oído: el grito y los suspiros de los más de 85.000 aficionados que acudieron al estadio del Estrella Roja de Belgrado. Han pasado menos de seis minutos y el rubio melenudo Johnny Rep ha adelantado con un cabezazo desde el centro del área al Ajax de Holanda contra la Juventus de Italia en la final de la Copa de Campeones. El arquero italiano Dino Zoff sólo pudo mirar la trayectoria de la pelota desde el momento del impacto hasta su dulce caída más allá de la línea blanca. Dos inocuos zapatazos del italo-argentino José Altafini ilusionaron a los hinchas italianos de que la Juventus tenía chance de pelear el partido. Vanas esperanzas. Fue un dominio absoluto de los holandeses. El equipo de Johan Cruyff, Johan Neeskens, Piet Keizer y Ruud Krol se lleva a casa la Copa de Campeones por tercera vez consecutiva. Se la llevan literalmente a casa, es suya. Son las reglas del juego.

En el aeropuerto Princesa Beatrix de Aruba, pese a que la isla antillana es, para todos los efectos, parte del Reino de los Países Bajos, a pocos les interesa el partido. La televisión local no tiene el partido en su programación, por lo que la Radio Nederland

Wereldomroep (RNW), el servicio público de la corona holandesa, se encarga de llevar a las colonias del Caribe y del mundo las gestas del orgullo colonizador. El orgullo holandés en medio del Caribe no parece tan fuerte para celebrar la victoria de un equipo de fútbol que juega normalmente a unos 8.000 kilómetros de distancia. Además, es mal momento para los territorios de ultramar del reino, puesto que Gilberto «el Betico» Croes y su Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) han empezado, desde comienzos de la década de los setenta, a poner en la cabeza de los arubeños conceptos muy sencillos: autodeterminación, nuevo estatuto, regulación de la asociación de la isla con el reino.

Nadie en Aruba tiene que abandonar con pesar la frecuencia de la RNW cuando llega la noticia de que el avión colombiano va para allá. La gente de la tranquila isla del Caribe no se lo esperaba. En cambio, estaban al tanto de ver quién saldría elegida el sábado como nueva Miss Aruba o de asistir a los pensionados de la empresa petrolera Esso que habían llegado en masa una semana antes para celebrar su cumbre anual. Nadie espera un avión con más de ochenta personas secuestradas proveniente de Colombia. Un terremoto para la calma de una pequeña isla rodeada del azul del mar Caribe, de apenas 184 kilómetros cuadrados y 60.000 habitantes. Isla pequeña, pero en aquel momento con una de las refinerías más grandes del mundo y una producción de 440.000 barriles diarios. Yacimientos que tienen fecha de caducidad y que se van vaciando poco a poco. Muchos gobernantes arubeños y del reino holandés sólo quieren pasar la página rápidamente, olvidarse del petróleo. La solución es hacer de la isla una meca del turismo internacional. La pista de aterrizaje al lado de la playa, bautizada con el nombre de la hija de la reina Juliana —futura heredera del reino—, solamente se había completado unos pocos años antes con el intento de la corona holandesa de darle al turismo un carril preferencial alternativo al petróleo, que se iba agotando.

A las cinco de la tarde empieza a ocultarse el sol en Aruba, pero aún hay algo de luz. De lejos, la isla es sólo un puntico. El aeropuerto Princesa Beatrix está pegado al mar; es, de hecho, lo primero que se ve al llegar de Venezuela. Aún es posible distinguir claramente el contraste del mar azul y el de los edificios blancos

que rodean la pista de aterrizaje. Los que no se ven son el medio centenar de hombres armados con camisa blanca de manga larga y posicionados en sitios estratégicos del aeropuerto. Tampoco se ven sus rifles de alta precisión y última tecnología. Tampoco nadie sabe en el avión que estos hombres tienen instrucciones claras: disparar a cualquier cosa que se asome fuera del avión y que tuviera puesta una capucha negra.

Aruba no es Cuba, pero a menudo es una de aquellas escalas que los aeropiratas deciden hacer después de los primeros secuestros para evitar aterrizar en las ciudades de la costa caribe colombiana. Al contrario, al principio se creía que la plaga de los aviones secuestrados era un asunto únicamente costeño: Barranquilla, Riohacha, Cartagena, Santa Marta, San Andrés. Los primeros secuestros aéreos en territorio colombianos salieron todos de las ciudades de la costa caribe: 1.200 kilómetros de puro mar Caribe bajo los pies por menos de cuatro horas antes de llegar a Cuba. Ni sombra de tierra firme. Aeropuertos privilegiados para los que querían desviar un avión desde Colombia hacia Cuba.

En un editorial del *Diario del Caribe*, en septiembre de 1968, se da cuenta de cómo «Barranquilla se ha convertido en la base de una red de operaciones de piratería que compromete seriamente la seguridad aérea nacional, y cuya posición geográfica favorece notablemente los propósitos de los piratas castristas». Incrementados la atención y los protocolos de seguridad en estos aeropuertos, se entendió que era una simple cuestión logística, y la plaga se expandió hasta los más remotos rincones del país: Cúcuta, Pasto, Bogotá, Barrancabermeja, Villavicencio, Pereira, Medellín. El Caribe colombiano dejó de ser el punto de partida o la última etapa antes de la travesía transcaribeña hacia la isla. Otros aeropuertos de islas del Caribe se volvieron la última escala antes de alcanzar Cuba. En varias oportunidades, los aviones secuestrados en Colombia u otros países de América Latina hicieron paradas intermedias en Kingston, la capital de Jamaica, antes de llegar a Cuba, como sucedió con el caso del avión secuestrado el 28 de octubre de 1969 por el uruguayo Daniel Chavarría junto con su esposa, la colombiana Dora Emilce Salazar Rengifo, y su hija, María Eugenia, de seis años.

6. EL ZORRO WASHINGTON

EL COLISEO EL CAMPÍN ESTÁ ATESTADO de gente. Hay 14.000 espectadores. Repleto. Todos quieren ver al ídolo de Getsemaní, el cartagenero Rodrigo «Rocky» Valdez. El adversario de Rocky viene de Harlem (Nueva York). Se llama Leon Washington, apodado el Látigo por su contundente *jab*. Pocos lo conocen en Colombia, quizás porque lleva varios meses sin pelear, pero los expertos saben que lleva casi diez años en el ring y que ha vencido a Billy Douglas, Stanford Bulla, Tom «la Bomba» Bethea, Eddie Owens, Sonny Floyd, Sandy Stevens y José Anglada. Sin embargo, para los colombianos «no es un peligro, no sirve, no sabe, es un paquete». El cartagenero hace su primera aparición en Bogotá después de ingresar en el *ranking* mundial y tras varios años entrenándose en Nueva York, luego de vencer a Kim Booker en el Madison Square Garden y a José «Dinamita» Rodríguez. Vuelve a Colombia con un palmarés de 45 victorias, tres empates, tres derrotas por puntos y una por abandono. Rocky quiere demostrar que es el retador más serio para la corona de los pesos medianos que luce el argentino Carlos Monzón, quien lleva meses jugando con los sueños de Rocky y que a palabras lo pica y lo reta como puede. Primer paso: ganarle a Leon Washington.

¡Gong! Washington es abucheadado por la afición colombiana. Los dos contrincantes se estudian. Como el gringo tiene mejor alcance, evita el cuerpo a cuerpo, pero esto es precisamente lo que busca Valdez. ¡Gong! Se van los primeros tres minutos. ¡Gong! Washington se mueve ágilmente, es un viejo zorro del *ring*. En el único cuerpo a cuerpo que tiene con Valdez aprovecha para infligir, con pequeños movimientos contundentes de los codos, unos golpecitos contra el rostro del cartagenero y algunos cabezazos sutiles.

Valdez sangra, se le abre una herida en el arco superciliar izquierdo. Rocky está enfurecido por esos golpes prohibidos. Cuando antes del encuentro lo entrevista la señorita Colombia, Ana Lucía Agudelo, y le pregunta qué siente cuando lo golpean, Rocky contesta sincero: «Bueno, no es que sea creído, pero casi nunca me pegan». Entonces si son golpes productos del juego sucio lo irrita más. Del furor salen varios ganchos de izquierda y rectos de derecha. ¡Gong! Segundo asalto completo. ¡Gong! Washington, más alto que el cartagenero, usa casi únicamente el *jab* para mantener alejado al colombiano. Rocky intenta burlar su guardia. Uno, dos, movimiento, cuerpo a cuerpo, cruce con la derecha y Washington a la lona. Conteo. Se levanta. ¡Gong! El público corea «Rocky, Rocky, Rocky». ¡Gong! Otra vez la campana. *Jab* de Washington, golpe limpio esta vez. Valdez sangra pero se mueve, cuerpo a cuerpo. Sangra, pero es su mejor momento. Washington busca las heridas de Valdez con su *jab*. El zorro Washington es llamado al orden por el árbitro Horacio Castilla. Washington se crece y Valdez coge varios golpes. ¡Gong! Fin del asalto. ¡Gong! Suena la campana. El Látigo no se mueve, se queda en su banquillo. Al Yoiner y su segundo, Will Scott, entrenadores del norteamericano, le dicen que la coja suave, con calma. Valdez lo va a sacar de su rincón. Washington es otra vez amonestado por el árbitro Castilla. Cuerpo a cuerpo, repetidos intentos de ir al *clinch* por parte del norteamericano. Valdez se resbala y cae a la lona, pero se levanta rápido. Washington ya perdió toda su movilidad inicial. ¡Gong! Séptimo asalto. Antonio «el Chino» Govín, entrenador de Valdez, lo incita al ataque. ¡Derechazo! Washington a la lona. «¡A la lona! ¡A la lona! ¡A la lona!». Brazos en cruz, a la lona. Conteo. «¡Basta, no más!». Castilla da por terminado el encuentro. El ídolo de Getsemaní levanta los brazos al cielo. Cuatro puntos de sutura le marcan la ceja izquierda, pero ve más claro el camino para enfrentar a Monzón por el título mundial de los medianos. De allí a tres días, después del encuentro en Montecarlo entre Carlos Monzón y Emile Griffith, amigo de Valdez, sabrá si podrá competir por la corona.

El Campín es una locura gracias a Rocky Valdez. Cuando llega la noche en Bogotá, en el cielo del Caribe, a 800 kilómetros